

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 220

Sevilla—Miércoles 24 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Interpelaciones

Tarea larga tendrían los ministros si la iniciativa parlamentaria, respondiendo a los clamores del país y a los apremios de la opinión, iniciara debates, no de baldíos soflamas políticos, sino de arrestos de verdadera discusión, para que los votos de la Cámara decidieran la cuestión planteada.

Temas que podrían servir de discusión:

El déficit. Los cambios. El oro. El Banco y el ministro de Hacienda en el orden económico.

Nuestras relaciones con Inglaterra. Su estado actual y situación creada por las locas y precipitadas conferencias de este verano. Forma y alcance de inteligencia con Francia en sus relaciones con la duple y en el intento de concierto latino. La guarnición mixta en nuestros fuertes del Mediterráneo. La isla del rey y otras islas.

Viaje de la reina madre y suspensión de la excursión real a los puertos de Galicia y a la comarca andaluza.

Estado del ejército: fortalezas, armamentos, movilización y fuerza positiva de que disponemos con los necesarios elementos de combate, aprovisionamiento y demás elementos.

Desbarajuste en el ministerio de Marina. Situación de nuestros buques de guerra útiles. Construcciones navales. Creación de escuadras, arsenales, material, etc., etc.

Suspensión de garantías en Barcelona.

Problema obrero. Los paros. La huelga general. Obreros agrícolas.

España y el Vaticano, en sus relaciones con las asociaciones religiosas, con los llamados derechos de la Iglesia y con la ingerencia de los obispos en asuntos profanos; estado actual del partido carlista (incluido en este grupo por su directa relación con los asuntos pontificios y eclesiásticos). Si hubo verdadera intención, y cómo se conjuró el conflicto. Pacto familiar denunciado por un periódico madrileño.

Excursión del duque de los Abruzzos por las provincias de Levante. Conducta de las autoridades, que en algunas poblaciones hasta han negado la corteza al príncipe de una casa reinante por temor al Vaticano y por miedo a ciertos desagradados.

Es preciso que el país sepa todas estas cosas y conozca lo esencial de la gestión del Gobierno en asuntos tan peligrosos y difíciles; y para ello los diputados, rompiendo con esa mal entendida corrección parlamentaria, reclamen categóricas y terminantes contestaciones, evitando que llegue una crisis antes de que se haya dicho nada, y nos quedemos, como siempre, esperando las medidas del nuevo Gobierno, la reunión de otro Parlamento y el olvido de lo que afecta a la soberanía, a la integridad, al honor de la patria, y al derecho y a la libertad de los españoles.

Los ministros y los gobiernos en España disfrutan todas las impunidades; porque cuando se encuentran estrechados por los cargos de las oposiciones o con una votación contraria, con dirigir una comunicación al Parlamento declarando que el Gobierno está en crisis, ya se ha concluido todo; esto cuando se trata de algún proyecto de ley o de alguna cosa pequeña, puede pasar; pero parecemos que tratándose de problemas internacionales de extraordinaria gravedad, o cuestiones que afectan al crédito, o responden los ministros, o desde aquel momento ya no se pueden seguir tratando dichos asuntos ni por el Gobierno existente ni por el que le suceda.

Y así va a suceder ahora: que si el Gobierno se ve obligado a renunciar los poderes, vendrán los conservadores, se hará tablas a todo, y seguiremos sin enterarnos de nada, hasta que nos ahogue la avenida o nos arraste la corriente.

A. A.

Murmuraciones

Había de venir a Sevilla el señor Duque de los Abruzzos para que ocurrieran cosas raras. Entre éstas citaremos la ocurrida ayer y que nos la refirió anoche *El Noticiero Sevillano*.

Fué el caso que el señor Duque, al visitar la Caridad, después de admirar la espada de Mañara y los cuadros valiosos que allí se conservan, quiso dar algunas propinillas, y, al hacerlo, se encontró con que no llevaba más que moneda ducal, esto es, duros.

¡Aquí del conflicto!

—Bueno es ser generoso, pero no tanto—diría el Duque, é iba a salir a buscar moneda fraccionaria cuando se le acercó un reporter de *El Noticiero* y lo sacó del terrible compromiso, cambiándole un duro de vellón por cinco pesetas.

—¿Y dónde está lo raro?—dirán ustedes.

Pues... en eso: en que un reporter sevillano, y de *El Noticiero*, tuviera cinco pesetas juntas. ¿Le parece a usted poco?

Y sigamos dando noticias relacionadas con el señor Duque.

Este señor ha venido a Sevilla como simple particular, dejándose el principado en el cruceiro en que viaja.

Nuestras autoridades, atentas y corteses, en el momento que tuvieron conocimiento de su llegada, se pusieron de tiros largos y corrieron a ofrecerle al Duque sus servicios y sus respetos. La primera noche llegaron tarde, y solo pudieron entenderse con las partes secundarias; pero ayer... ya fué otro cantar.

Los señores Gobernador y Alcalde, desde tempranito, dispusieron a visitar al Duque.

Este, que se conoce que no es perezoso, levantóse temprano, y allá se fué, acompañado de un cicerone, a visitar los edificios notables de la población.

Los señores Gobernador y Alcalde echan a correr para cazar al Duque, y después de algunas inquisitivas, enteráronse que se hallaba en la Catedral.

Efectivamente...

—Tengo el gusto de ponerme a sus órdenes como Gobernador...

—Tengo el alto honor de saludarlo en nombre de Sevilla como Alcalde...

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! Que ustedes lo pasen bien—dijoles el duque prosiguiendo su investigación y su visita por el templo.—¡Quiero estar solo!

Polanco, como primer contratiempo sufrido en Sevilla acabadito de llegar, quedóse más Polanco que nunca.

Y nuestro simpático Alcalde, empujándose para llegarle al hombro al Gobernador, díjole:

—Gobernador, me parece que nos echa.

—¡Así lo creo!—contestó acéle.

—Pues yo no me voy sin decirle al Duque de los Abruzzos ilustre explorador del Polo Norte y lo que se me ocurra.

Y abandonando al señor Gobernador, presentóse otra vez al señor Duque para invitarle, en nombre de Sevilla, a tomar una copa de Champagne.

Cortés y dignamente fué recibido el señor Jimeno de Ramón, y cuando ya creíase vencedor de las resistencias de D. Luis de Saboya, éste se le arrancó diciéndole en castellano puro:

—Desearía merecer el favor de que me dejaran solo. Me molesta todo lo que huele a autoridad.

—Celebro su franqueza, señor Duque—díjole el alcalde, marchándose enseguida.

Al salir, como le dijera el señor Polanco:

—¿Qué ha pasado?

Contéstole nuestro Alcalde con la graciosa vivacidad que le distingue:

—Nada, señor Polanco: ¡que me quedo con el discurso dentro del cuerpo!

¡Y esta será la vez primera que el señor Jimeno de Ramón se ha quedado con un discurso por decir!

La incógnita de esta soledad en que ha querido vivir el príncipe italiano en Sevilla nos la ha descubierto *El Liberal* de hoy.

¡Como que anoche estuvo de *juerguecilla*!

¡Creería, quizá, el simpático hijo de D. Amadeo que nuestras autoridades se asustan de esas cosas!

Hasta la *Correspondencia de España* está denunciada por publicar un artículo en que se habla de la patria. Por eso yo no me ocupo en esas tracamundanas de hacer una patria grande, cuando la chica nos basta. ¡Hombres chicos, patria chica! Mientras más grandezas haya, más pronto vendrán los yanquis

a llevárselas a casa!

En Castellón de la Plana ha matado un hijo a su mujer y a su padre, porque éste no se contentaba con hacer el papel de suegro, ni aquélla con hacer el papel de nuera.

—Sino lo otro.

Castellón pertenece a España. Pueden ustedes cerciorarse bien y se vencerán.

Y hago esta observación porque no faltará quien diga:

—Como en Marruecos.

¡Falso! ¡Falso!

En Marruecos no suceden esas cosas.

Por los telegramas venimos en conocimiento de que ayer recibió la familia de Martínez Campos infinidad de telegramas dándole el pésame por la muerte del héroe de Sagunto.

Y los telegramas dicen:

«Desde todos los puntos de España ha recibido la familia de Martínez Campos...»

Menos de Sevilla.

Los monárquicos de aquí no hicieron siquiera una gacetilla en su honor.

Es verdad que la mitad de ellos se dirán:

—¿Quién fué Martínez Campos?

¡Como que estaban en la escuela cuando el gran hombre hizo sus proezas!

Quejase Pepe Nogales en *El Liberal* de Madrid de que los escritores modernos refundan las obras antiguas de nuestros clásicos y cobren por ellas la propiedad.

Esto es: se adornan con plumas y galas ajenas y cobran por el talento de otro.

Este vicio no es achacable únicamente a los escritores de hoy, sino que los antiguos cayeron también en él.

Sin ir más lejos, le diré a Pepe Nogales que nuestro gran Zorrilla—y ya ve que no recuro a un desconocido!—tiene en su *El Zapatero y el Rey* escenas y escenas literalmente copiadas de una obra de Rojas Zorrilla, cuyo título ahora no me viene a la memoria.

Y aquel gran poeta no puso siquiera, no ya *refundición*, sino *traslación entera y plena*.

Esto no quita ni pone para que el Sr. Nogales tenga razón en lo que dice.

Lo que yo quiero hacer constar es que las mayores lumbres de nuestra patria la mitad de la luz que han dado ha sido refleja.

En cuanto al cobro de cantidades por trabajo indebito... diré yo como dicen los que no se atreven a escribir la verdad:

—Ahí están los Tribunales de Justicia.

Veamos lo que dice este buen hombre:

«No nos ciega el amor a la patria española. Reconocemos su decadencia y su postración, y vemos con dolor la magnitud de la herida que la hace sangrar. ¡Hemos por esto de renegar de la misera madre enferma! Mientras más pobre y más vieja, más hay que querer a la madre... Si está postrada, hay que levantarla de su postración. Si está herida, hay que tener para ella el bálsamo del cariño filial. Si aparece como moribunda, debemos salvarla, y salvarla pronto. ¿Cómo y por qué medios? Uniéndonos todos, todos los que con honor nos llamamos sus hijos, para infundirle nueva vida, para hacerla respirar el oxígeno de la libertad y la democracia.»

Está resultando lo contrario de lo que quiere este distinguido escritor.

Los que se unen son los frailes, los curas y todos los avechuchos que no tienen Dios ni patria.

Para comerse la nuestra.

Es decir: ¡para acabar de comérsela!

Ya se han comido más de la mitad.

Dice un colega de Málaga:

«Se nos ofrecen curiosos pormenores acerca de la audacia de un cacique, residente en cierto pueblo de la provincia de Málaga, que, parodiando la célebre frase atribuida a Luis catorce, ha dicho que la ley es él.»

¿Se sabe cuántas patas tiene?

Pregúntese: a que tiene cuatro.

Los caciques con cuatro patas todos son así.

CARRASQUILLA.

La dimisión del Papa

El público español no conoce a Juan de Bonnefon. Es el primer periodista católico de Francia; pero un católico a la moderna, que con la certeza de no ser leído si publicase sus escr-

tos en diarios de marcado carácter religioso, colabora en los periódicos del boulevard más mundanos y de fácil moral, insertando un artículo sobre la salud del Papa ó sobre problemas de disciplina eclesiástica, entre cuentos de cocottes y extravagancias humorísticas del chistoso Alfonso Allais.

Bonnefon es el escritor del Vaticano en París, la pluma que, con gracia parisién y un tanto de escepticismo moderno, sostiene los intereses católicos en la ciudad de las impiedades revolucionarias. Los cardenales romanos se comunican con él; el Papa le ha manifestado varias veces el agrado con que ve sus campañas periodísticas; es de los que «están en el secreto» de cuanto ocurre en el reino del Espíritu Santo, y por todas estas circunstancias ha causado gran emoción en la sociedad católica de Francia el artículo que acaba de publicar en *Le Journal* titulado «Su Santidad Mariano I.»

En el Vaticano—según cuenta Bonnefon, que conoce todos los rincones del artístico palacio del Vice-Dios—existen dos imprentas. Una pública, en la que se imprimen documentos oficiales de la corte pontificia y obras de particulares que pagan caro para que sus libros sean estampados en las máquinas del Papa; otra imprenta reservada y pequeña, donde los obreros, viejos devotos que se comprometen bajo juramento a guardar el más absoluto secreto sobre sus trabajos, componen y tiran en el oculto taller, cerrado bajo llave, y vigilados por un prelado doméstico, que es su jefe. En esta imprenta secreta nadie puede penetrar sin un permiso firmado por el mayordomo del Papa.

A principios del verano, un alto prelado de la secretaría del Estado, que goza de la confianza de Rampolla, entregó al jefe de la imprenta secreta un manuscrito cerrado y sellado, ordenándole que lo imprimiera cuanto antes. Pero los obreros, aunque devotos y fieles al secreto papal, trabajaban con mucha lentitud, y transcurrieron los días y aun los meses sin que la impresión adelantase gran cosa, hasta que hace dos semanas volvió a presentarse el mismo funcionario de la secretaría de Estado protestando de la tardanza y ordenando que la impresión se acabase cuanto antes, por ser el asunto urgente.

Para cumplir la orden, los obreros de la imprenta secreta buscaron la ayuda de algunos trabajadores de la imprenta pública, establecida en la galería de Sixto V. Los nuevos cajistas se asombraron al pasar su vista por el documento en cuya composición iban a trabajar, y como ninguno de ellos tiene prestado juramento de secreto, a las veinticuatro horas se supo el contenido del original enviado por Rampolla. Uno de los obreros, protegido por un cardenal enemigo del secretario de Estado y mal visto en la corte pontificia, se apresuró a relatar el hecho a su protector, y éste, escandalizado, no tardó en circular la noticia entre sus futuros compañeros de cónclave.

Se trataba nada menos que de la dimisión del Papa, y lo que se imprimía en la tipografía secreta del Vaticano era el séptimo testamento de León XIII.

La elección de los Papas—como dice Bonnefon—se rige por una amalgama de tradición, textos y compromisos que forman la legislación de los cónclaves. Cada papa añade una nueva piedra a este edificio legislativo de los siglos y dicta disposiciones para el cónclave que ha de reunirse después de su muerte; pues, aunque cadáver todavía, reina hasta que nombran su sucesor. Estas disposiciones se siguen escrupulosamente. El Papa es infalible; el Espíritu Santo le inspira, y a la tercera persona de la Santísima Trinidad no hay cardenal que le pueda pedir rectificaciones.

Hace algún tiempo, León XIII intentó en un testamento (que era el sexto) legar la tiara para después de su muerte a D. Mariano Rampolla del Tindaro, su secretario de Estado y su verdadera alma. El anciano, débil y sin voluntad, está cada vez más admirado del talento de su primer ministro. El antiguo diplomático, llegado a Papa, se regocija ante los trabajos de ese cardenal siciliano, relativamente joven, de carácter imperioso, altanero y fino al mismo tiempo, como un gran señor de la Italia meridional.

—Es preciso continuar mi obra—dijo el Papa—y esto nadie puede hacerlo como Rampolla. Solo él conoce mis secretos. Si mi sucesor es otro, habrá que comenzar de nuevo.

Y firmó el sexto testamento, cediendo la tiara a Rampolla para después de su muerte, como si el pontificado fuese una finca que se pudiera legar en herencia. El proyecto se divulgó, los juriscónsultos pontificios demostraron al Papa las dificultades que surgirían antes de que el testamento se cumpliera; el mismo Rampolla tuvo la certeza de que no le serviría la disposición testamentaria para conquistar la tiara, y el proyecto fué desechado.

Pero un hombre como Su Eminencia Mariano Rampolla del Tindaro, ni descansa ni se entrega. El Papa está entre sus manos, pronto á secundar todos los proyectos para que el ministro sea su sucesor, y los dos personajes trabajan asiduamente en esta empresa.

El documento que este año imprimían los tipos pontificales, era, como ya hemos dicho, un nuevo testamento, el séptimo, escrito de mano de Rampolla y firmado por León XIII, y consistía pura y simplemente en una donación entre vivos: la donación de la tiara al secretario de Estado.

León XIII dimita sus derechos de Papa en provecho de su amigo el astuto siciliano.

La intriga de Rampolla está habilmente urdida. Suceder á León XIII después de muerto es casi imposible. Los cardenales recobran entonces la libertad, son electores, son omnipotentes y rara vez pierden la ocasión de vengarse del antiguo secretario de Estado.

Viviendo aún el Papa, el asunto es más fácil. Todos los cardenales actuales, á excepción de dos, que son Parocchi y el príncipe Oreggia di Stéfano, han sido creados por León XIII; le deben la birreta y no osarían en su presencia elevar una voz de protesta.

En el séptimo testamento, redactado por Rampolla, expone el Papa que su obra no debe ser interrumpida por la muerte, y que solo un hombre, el fiel Mariano, conoce los innumerables fondos y enredos de su política. Es preciso, pues, que ese hombre sea el futuro Papa para que la muerte no venga á interrumpir un reinado.

Una vez formulada la dimisión papal de Joaquín Pecci, se reuniría el cónclave y los cardenales tendrían que decir *amen* ante los deseos del anciano y proclamar á Rampolla, so pena de negar con su resistencia la infalibilidad del pontífice.

Este sistema de la dimisión parecerá á muchos un disparate. Pero todas las innovaciones parecen disparates antes de realizarse: después, cuando son un hecho, se convierten en leyes. La elección de los pontífices ha sufrido grandes reformas. Primeramente los elogia el pueblo de Roma; después solo los sacerdotes; finalmente los cardenales reunidos en cónclave: ¿por qué no ha de poder León XIII, uno de los pontífices más famosos, introducir la donación de la tiara entre vivos, marcando con esta reforma de carácter autoritario su paso por el pontificado?

León XIII quiere ver papa á su fiel Mariano, y el eminentísimo Mariano, astuto é insinuante como una cortesana y duro y sin entrañas como un brigante siciliano, es hombre que no se desiente ante respetos tradicionales para lograr su anhelo de dominación.

Su nuevo proyecto ha sido revelado antes de tiempo por la imprudencia de un obrero. No se sabe qué hará ahora el astuto secretario de Estado; si enterrará esta intriga como las anteriores ó la llevará adelante á cara descubierta, con el desprecio que le inspiran los cardenales mientras viva su amo y posea él la cartera de primer ministro.

La dimisión del Papa es la mejor de sus concepciones. Y hay que admirar á ese siciliano maquiavélico, sutil y punzante como una aguja.

Con el Espíritu Santo no valen bromas. O es verdad que habla por boca del Papa, ó no lo es. Si León XIII dimite para regalar la tiara á Rampolla, es el Espíritu Santo quien inspira este arreglo, y los católicos deben decir ¡adiós al valedarino Pecci y aclamar á Mariano I, antiguo nuncio en Madrid, tan amante de las buenas cosas de España, que se llevó á Roma una planchadora madriñana, y aún la tiene allí.

De lo que resulta que algo le tocaremos al nuevo pontificado, aunque sea por carambola.

BLASCO IBÁÑEZ.

De actualidad

El *Heraldo* dice que Sagasta ha comunicado al rey sus propósitos de reunir las Cortes el 20.

Roma.—El cardenal Prisco ha recibido una carta del Conde de Caserta lamentándose de la disminución de influencia de los partidarios de la casa Borbón en Italia.

Contestóle que es obra vana avivar en Italia el Borbonismo.

Dice un periódico que la operación de crédito de que se habló en el último Consejo se hará sobre la base de las minas de Almadén.

Respondiendo á lo solicitado por la Junta sindical de agentes de Bolsa de comercio, Inclán estudia un proyecto de organización de dicho cuerpo.

La base de la reforma es el examen de determinadas materias y la elevación de fianza.

Al regreso de la Corte será la boda del marqués de Hoyos con la hija de Almodóvar.

En Jadraque una manga de agua ha inundado varias casas.

Crece el Henares, habiendo sido avisados los pueblos ribereños.

Montilla ha terminado y presentará en las primeras sesiones, el proyecto de reforma del Registro civil.

Hablase de combinación militar en que figurarán el jefe del cuarto militar del rey y dos capitanes generales.

El Banco ha enviado órdenes á las Sucursales, estableciendo desde mañana cuentas corrientes en oro.

La Comisión de operaciones estuvo reunida dos horas, discutiendo las bases del Sindicato.

El Banco acepta las estableciendo condiciones de igualdad de las entidades que la forman.

Se pedirá el concurso de la Tabacalera y del gremio de algodoneros catalanes.

Se ha dictado real orden aprobando el pliego de condiciones para la subasta de suministro de viveres á los penados de Ceuta.

Ha marchado á Cádiz, donde embarcará para el Muni, el Subgobernador de Bata, capitán de Infantería de Marina, Colombo.

Sagasta ha manifestado que la combinación de senadurías vitalicias no las llevará á la firma hasta después de abiertas las Cortes.

Valladolid.—En la segunda sesión del Congreso agrícola, el catedrático Llorente desarrolló el tema de alimentación vegetal y empleo acertado de abonos químicos.

Discútese ambas materias.

Ha sido procesado el carlista Adelantado por su carta á *La Correspondencia*.

La Epoca dice que Alba y sus amigos se unieron al grupo de Canalejas, cuyos principios se acercan más al programa de la Unión Nacional.

Berlín.—El Congreso de banqueros alemanes reunido en Francfort votó por unanimidad una resolución en favor de la reforma de la legislación de las Bolsas Alemanas, que es ahora veneratoria.

Roma.—Los 240 peregrinos italianos guiados por el cardenal Fernani, embarcaron para Jerusalem.

El Papa les dió la bendición.

Llevar á bordo diez altares portátiles.

Barcelona.—En reunión de la Junta de reformas sociales, acordó exponer al Gobierno la jornada de once horas, extensiva á todos los obreros.

Los carpinteros de Badalona están en huelga, pidiendo aumento de jornal.

También hay huelga en la fábrica de azúcar de Tortosa.

Mellado conferenció con Inclán sobre la cuestión de los cambios en la parte que se relaciona con las compañías ferroviarias.

En Guadalajara una fuerte tormenta arrasó las cosechas.

Dícese que ha sido denunciada *La Correspondencia* por reproducir un artículo de un escritor catalán titulado *Patria nueva*.

En Aranjuez está gravemente enfermo Eusebio Blasco.

La cabellera de oro

Grimaldi, señor de Mónaco, de vuelta á sus estados hizo alto en Aviñón.

El Santo Padre tenía por entonces en su corte gran número de danzantes, mimos y trovadores, y entre éstos se encontraba un cierto Ga-

leas Alesti, florentino y poeta, que por las noches en la mesa de Su Santidad celebraba, ayudándose de una mandolina, la belleza de una genovesa, incomparable y ya famosa en toda Italia por una rubia y sedosa cabellera, la más maravillosa que se había visto en las costas del Mediterráneo, desde la de Santa María Magdalena, patrona de Provenza, y que reposa en la gruta de Santa Baume.

Isabel Asinari era el nombre de la belleza cantada por el florentino. Esta mujer tenía vuelto los ojos á todos los trovadores del palacio de Aviñón.

No cesaba de oírse su nombre; todo se volvía elogios en honor suyo, y el señor de Mónaco, ferviente devoto de Santa María Magdalena, tuvo curiosidad de conocer á esa rival de la gran pecadora, sintiendo quizás ya por ella asomos de amor.

Esta Isabel Asinari era doncella muy piadosa, que vivía honestamente en Génova, acompañada de su padre, herrero del puerto.

Deseoso, pues, de conocer á tan maravillosa criatura, rubia y hermosa, á lo que decían sus admiradores, como un ángel, obtuvo licencia de Su Santidad y dejó Aviñón aquella misma noche, dirigiéndose con gran impaciencia y sin detenerse, ni aun en sus Estados, hacia Génova.

Grimaldi encontró á la muchacha en la casa paterna, hilando. La casa del genovés tenía vistas al puerto y desde la salita, donde se hallaba su hija, veíase el mar.

Cuando el gran señor fué introducido en la sala, todo el azul del cielo y el azul del mar, dijérase que penetraban por la ventana entrecabierta á causa del excesivo calor.

La hija del genovés, con los ojos bajos, se hallaba inmóvil. Su cutis de marfil, destacándose sobre el azul intenso del cielo, semejaba una aparición.

Grimaldi comprobó que los poetas no habían exagerado.

Fina y pálida, con la vista baja, Isabel Asinari era hermosa como la estatua de una santa encarnada en un marco azul; el marco era el reflejo del Mediterráneo.

Al verla sonriente, inmóvil, con los ojos entrecabiertos, hubiérase dicho que Isabel dormía; Grimaldi, oprimido el corazón, la contemplaba en silencio, cuando la beldad, levantando despacio, muy despacio, los párpados, hizo que Grimaldi, extasiado, la saludara como un moro hubiera saludado á la aurora, de rodillas, con los brazos abiertos y la frente inclinada.

Grimaldi acababa de enamorarse de Isabel... El gran señor, tan devoto de las santas como ferviente enamorado de las muchachas bonitas, pidió la mano de Isabel; y como era poderoso y de la alta alcurnia, logró desposar al día siguiente con la hilandera de cabellos de oro.

Fueron las suyas unas bodas magníficas. Grimaldi llevó á su mujer á sus Estados, cuyos súbditos le saludaban atónitos cantando el advenimiento de la rubia princesa, y exclamando en todo el país al ver la belleza de la nueva esposa:

—La aurora de Génova se levanta aquí todos los días.

Por muy enamorado que se estuviera en aquellos tiempos, el servicio del rey era antes que el amor.

Grimaldi volvió á su vida de corsario, dejando á la rubia melancólica en su castillo flanqueado de torreones.

Una noche, encontrándose en París en la corte de la reina, mientras los cortesanos vanidosos se enorgullecían de sus aventuras galantes y conquistas amorosas, detallando las gracias y belleza de sus damas, Grimaldi, sentado cómodamente, escuchaba silencioso la conversación.

—Y tú, Mónaco—exclamó de pronto la reina—¿no tienes ninguna aventura que contarnos? Sería una lástima que un valiente no pudiera ponderar los encantos de su dama.

—¿Y qué puedo contestar á V. M.?—objetó Grimaldi.—La princesa de Mónaco es tan hermosa, que, para conquistarla fué á Génova, donde su padre era herrero; pero la princesa es celebrada en toda Italia; jamás hubo mujer, desde Magdalena, que tuviese tan suave y hermosa cabellera... Eso dicen en mi país, al menos.

La reina, un poco picada, porque también estaba orgullosa de sus largos y suaves cabellos, añadió:

—En verdad, Mónaco, tendrías curiosidad por conocer esa hermosa cabellera. ¿No podrías hacer que la viéramos en la corte?

Los deseos de V. M. son órdenes para mí. Mañana emprenderé el viaje para buscarla.

Dos meses estuvo ausente, y cuando ya los cortesanos empezaban á decir que habría ido á encargar una belleza para presentarla á la reina, los heraldos aclamaron á Grimaldi.

La rubia majestad se levantó de su trono. Grimaldi venía solo.

—¿Cómo es eso?—le dijo la reina.—¿Te has burlado de nosotros?

Grimaldi presentó á la reina una gran caja de hierro formada en terciopelo carmesí, y destapándola vióse en su fondo una magnífica mancha de pelo sedoso, reluciente; una pesada madeja de oro que iluminó la estancia.

La reina dijo:

—Quise ver á la princesa, y no su cabellera. ¿Cómo has podido cometer ese sacrilegio, ese crimen de lesa belleza? ¿Cómo has podido cortar el pelo á tu mujer?

Y con las manos cruzadas, los ojos abiertos, extasiada, no cesaba de repetir:

—¡Cortar tan hermosa cabellera! ¡Eso es un crimen horrible!

Entonces contestó Grimaldi:

—Vuestra majestad me pidió lo que he traído, no la mujer. La princesa es sólo mía, y la guardo; pero tranquilícese mi soberana: no he quitado á mi mujer más que un mechón.

JUAN LLORRAIN.

Cofradías y cofrades

REMITIDO

Sr. Director de EL BALUARTE.

Muy señor mío: No poca fué la admiración que tuve al leer en su ilustrado periódico fecha 20 del corriente, la carta suscrita por Enrique Mais, carta en la cual se me dirigen acusaciones tan injustas como falsas, y que paso á justificarme de ellas, para que cada uno en el lugar que le corresponde ante la opinión pública.

Afirma el tal Mais, que al presentar mi estado de cuentas, resultaba que yo debía á la hermandad 271 pesetas, que había gastado en asuntos particulares; falso de toda falsedad es tal afirmación, pues el saldo que en contra mía resultaba, sólo alcanzaba á la suma de 29 50 pesetas, que entregué en el acto, como puedo probar con un documento que obra en mi poder, firmado por el mismo Mais.

Se dice á continuación en la susodicha carta, que D. Manuel Martín me entregó en el Paseo de Las Delicias la cantidad de 987 pesetas, producto de dos mil entradas, que, según el tal Mais, no sabe quién las mandó hacer; no menos falsa que la anterior es esta calumnia infame, pues yo dejé de ser mayor de edad y estar en la hermandad el día 10 de Agosto próximo pasado, y no perteneciendo á ella, no sé por qué razón se me había de entregar dicha suma; en cuanto á lo de las dos mil entradas, tengo pruebas incontestables de que sólo el mismo Mais es quien las mandó hacer.

Y aunque me da asco ocuparme de la cuestión de la Alameda de Hércules, voy á hacerlo, para que la opinión juzgue el atropello inícuo de que fui víctima. Al llegar una noche al puesto que tenía por costumbre ir, fui agredido por varios hermanos entre los cuales se me había calumniado por el mismo Mais, y asimismo hago constar, que aun cuando eran varios en contra mía, no hubé de estar me con los brazos cruzados, y que á alguno de ellos le sucedió, como vulgarmente se dice, que vino por lana y salió trasquilado.

Y, por último, comunico como verdad de lo que antes digo, que con fecha 19 del que rigió fué procesado por el Juzgado de San Vicente el Enrique Mais, y que se encuentra en libertad provisional.

Por lo que á mí respecta, doy por terminado este asunto en la prensa, por creer que sólo á los tribunales de justicia les toca obrar.

Restándome tan solo rogar á usted se digna honrar estas mal trazadas líneas en su acreditada publicación.

Quedándole por ello agradecido y ofreciéndome con la mayor consideración seguro servidor q. b. s. m.,

MANUEL REY SANGHEZ.

Su casa, Cañavertera número 22. Sevilla 22 de Septiembre de 1902.

¡Eso... eso son los cofrades católicos apostólicos sevillanos!...

Los ladrones

Haec tiempo, no sé cuánto, el Pelón y su cuadrilla estaban siendo el espanto de los campos de Castilla, donde, sin miedo á un azar, vivían tranquilamente, dedicándose á robar á todo bicho viviente.

Y en eterna correría por el monte y por el llano, no se les pasaba día sin dar un golpe de mano.